

Este documento es proporcionado al estudiante con fines educativos, para la crítica y la investigación respetando la reglamentación en materia de derechos de autor.

Este documento no tiene costo alguno, por lo que queda prohibida su reproducción total o parcial.

El uso indebido de este documento es responsabilidad del estudiante.

Conceptos clave en los estudios de género

Volumen 1

Hortensia Moreno y Eva Alcántara
Coordinadoras



Universidad Nacional Autónoma de México
Programa Universitario de Estudios de Género
México, 2016

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por parte de académicas externas al Programa, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial del Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México.

D.R. © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México
Programa Universitario de Estudios de Género
Torre II de Humanidades 7° piso, Circuito Interior
Ciudad Universitaria, 04510, Cd. Mx.

Diseño de la colección:
Estudio Sagahón/Leonel Sagahón y Marcela Morales

Cuidado de la edición:
Cecilia Olivares Mansuy

Corrección de estilo y de pruebas:
Alberto Alazraki y Gabriel Soto

Imagen de portada:
Rosana Mesa Zamudio

Formación, interiores y forros:
Alina Barojas Beltrán

Primera edición
Junio de 2016

ISBN: 978-607-02-7927-0

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Índice

- 9 *Introducción*
Hortensia Moreno y Eva Alcántara
- 15 *Afectividad y emociones*
Priscila Cedillo Hernández, Adriana García Andrade
y Olga Sabido Ramos
- 35 *Ciencia y género*
Fabrizzio Guerrero Mc Manus
- 51 *Diferencia sexual*
Karine Tinat
- 63 *División sexual del trabajo: espacio público, espacio
privado, espacio doméstico*
Myriam Brito Domínguez
- 77 *Espacio y género: problemas, momentos y objetos*
Paula Soto Villagrán
- 91 *Familia: en resignificación continua*
Lucía Melgar
- 105 *Feminicidio*
Mariana Berlanga Gayón
- 121 *Feminismo y psicoanálisis*
Cristina Palomar Vereá
- 139 *Feminismos*
Ana Lau Jaiven
- 155 *Género*
Marta Lamas
- 171 *Globalización*
Griselda Gutiérrez Castañeda

- 187 *Homosexualidad*
Rodrigo Laguarda
- 197 *Interseccionalidad*
Nattie Golubov
- 215 *Medios de comunicación y nuevas tecnologías*
Aimée Vega Montiel
- 233 *Poder: relación de fuerzas, enfrentamiento, lucha, batalla*
María Inés García Canal
- 247 *Pospornografía*
Fabián Giménez Gatto
- 263 *Prostitución/trabajo sexual*
Pamela J. Fuentes
- 277 *Representación*
Adriana González Mateos
- 289 *Teoría queer*
Mauricio List Reyes
- 307 *Trans*
Alba Pons Rabasa y Eleonora Garosi
- 327 *Transfeminismo(s)*
Sayak Valencia
- 339 *Violencia de género*
Roberto Castro
- 355 *Referencias complementarias*
- 387 *Semblanzas curriculares*

Afectividad y emociones

Priscila Cedillo Hernández

Adriana García Andrade

Olga Sabido Ramos

Introducción

¿Qué significa sentir? ¿Es algo cultural o biológico? ¿Qué efectos tienen los otros en lo que sentimos y viceversa? ¿Cómo puede estudiarse aquello que sentimos? Estas son solo algunas de las preguntas que se inscriben dentro del denominado giro emocional y afectivo en las ciencias sociales, que hemos presenciado en años recientes. Si bien el interés por las emociones ha estado presente en otros momentos de la historia intelectual de Occidente, la conformación de un campo específico de investigación a este respecto comenzó hacia 1970, cuando se renovó el interés por el significado y las implicaciones de las emociones desde la perspectiva de disciplinas como la filosofía, la psicología y la sociología. Este viraje se profundiza en la década de 1990 bajo otras coordenadas analíticas y disciplinarias: los llamados estudios sobre el *affect*,¹ provenientes no solo de la filosofía o la psicología, sino también de los estudios culturales y las neurociencias.

En este recuento de procedencias disciplinarias, los estudios feministas y de género merecen mención aparte, ya que, por un lado, este giro emocional

1 La palabra *affect* se ha traducido como “afección”, ya que no es un equivalente de afectividad ni de afecto, sino que se relaciona con la manera en que el cuerpo es afectado por los otros y puede afectarlos emocionalmente. Sin embargo, debido a la complejidad del concepto y su multiplicidad de definiciones, nosotras hemos optado por dejar el término en inglés.

y afectivo tiene como antecedente las obras acerca de la vida y el trabajo emocional de las mujeres realizadas por teóricas como bell hooks, Audre Lorde y Arlie Hochschild en las décadas de 1970 y 1980 (Gorton 2007); y, por otro lado, el diálogo fructífero —aunque a veces tenso— que han mantenido respecto de dichas temáticas las estudiosas feministas, preocupadas en particular por señalar el papel que desempeñan las emociones y los afectos en la reproducción de las jerarquías de género (Gorton 2007; Pedwell y Whitehead 2012).

Este escrito tiene como objetivo no solo mostrar un breve panorama de los estudios recientes sobre las emociones y la afectividad en ciencias sociales, sino también exhibir la importancia de este viraje para algunos problemas relevantes del **feminismo** y los estudios de género. Para ello, plantaremos las condiciones sociales y analíticas que han posibilitado la emergencia de campos de investigación distintos (estudios de las emociones y *affect studies*), así como algunas discusiones conceptuales entre ambos. En seguida daremos cuenta de ciertos temas que pueden ser fructíferos para los estudios feministas. Finalizaremos con varios problemas a discutir en el campo de la emoción y la afectividad, así como algunos trazos sobre lo que ocurre en relación con este campo en nuestras latitudes.

Condiciones sociales y analíticas que influyeron en la aparición de estudios sobre emociones y afectividad en las ciencias sociales

El reciente interés por las emociones y la afectividad en las ciencias sociales dependió de ciertas condiciones sociales y analíticas. Sin ofrecer un ejercicio exhaustivo, señalaremos algunas de las principales problemáticas sociales y discusiones disciplinarias que consideramos necesarias para entender este viraje.

Por lo que toca a las condiciones sociales, indudablemente el movimiento feminista de la década de 1960 (la segunda ola del feminismo), la revolución sexual y los movimientos sobre diversidad sexual formaron parte de los acontecimientos que marcaron este giro emocional y afectivo, ya que en conjunto cuestionaron duplas centrales de la organización de las sociedades occidentales como emoción-razón y público-privado. Con ello hicieron del ámbito de lo íntimo y sus desequilibrios, jerarquías y exclusiones,

un problema público tanto en el amor y el placer como en las identidades de género y las relaciones entre hombres y mujeres; en la organización del trabajo doméstico y no doméstico, y, por supuesto, en el sexo, la sexualidad y las identidades sexuales. Inclusive, la aparición de estos movimientos en el ámbito político propició un vuelco hacia el estudio de las emociones. James Jasper señala cómo las reivindicaciones otrora vergonzantes se convertirían en material de orgullo desde muchas formas de protesta, como la marcha lésbico-gay y el movimiento queer, entre otros (Jasper 2013: 51).

A lo anterior se sumaron las consecuencias de la epidemia del VIH/sida en la década de 1980. La movilización de grupos feministas y de la diversidad sexual hizo visible² un problema de salud pública que permanecía en los márgenes. Resulta paradigmático el caso de la feminista Judith Butler, quien ha insistido en que sus intereses académicos —como los del movimiento queer— son producto de la falta de atención pública a las víctimas del VIH. Según esta autora, la muerte de miles de personas a causa de esta enfermedad (mayoritariamente varones homosexuales en los inicios de la epidemia) la obligó a reflexionar sobre los mecanismos a través de los cuales las sociedades distinguen a aquellos por quienes vale la pena llorar de aquellos por los que no. Así, puso en evidencia cómo los rituales de duelo públicos “olvidan” a quienes viven una vida precaria (Butler 2015).

Ahora bien, la impronta de los grupos feministas y de la diversidad sexual para posicionar la dimensión afectiva y emocional de las problemáticas que los movilizaron en el ámbito público se inscribe en un proceso más amplio. Aquel que Elaine Swan denominó “emocionalización de la sociedad” (v. Pedwell y Whitehead 2012: 116). Para Swan, en las sociedades occidentales contemporáneas dicha “emocionalización” se observa a partir de dos aspectos interrelacionados: el incremento de la importancia de las emociones en la esfera pública, por una parte, y la representación de estas como una vía de acceso a la “verdad” sobre los individuos y las relaciones que mantienen entre sí, por la otra.

En este marco pueden enumerarse varios problemas sociales que, en última instancia, no solo dieron origen a las preocupaciones de quienes

2 “Visible” en el sentido de Remi Lenoir, quien señala que los problemas sociales (en este caso, de salud pública) cobran visibilidad gracias al trabajo de evocación y legitimación que distintos actores llevan a cabo y que culmina con el reconocimiento público (estatal) de dichos problemas (Lenoir 1993).

investigan las emociones y los afectos, sino que subyacen a estas; entre ellos están:

- El uso de las emociones para afianzar valores patriarcales y nacionalistas, por ejemplo, a través de las contiendas políticas o de los medios de comunicación masiva. Así, uno de los temas de discusión de los recientes estudios sobre el *affect* entre las principales teóricas del feminismo contemporáneo es la tergiversación del mantra feminista “lo personal es político” por parte de grupos conservadores. Kristyn Gorton señala que particularmente en Estados Unidos se han utilizado las emociones para legitimar valores patriarcales y nacionalistas, por ejemplo, exacerbando el odio contra prácticas sexuales que se califican como “anormales” y se perciben como una amenaza para la nación (v. Gorton 2007).
- El posicionamiento de distintas formas de terapias como prácticas cotidianas (psicoanálisis, grupos de doce pasos, etc.), así como el incremento de los *talk shows* que dan cuenta de la creciente importancia de las emociones y su manejo en el ámbito de lo público, y que se relacionan con el aumento de trastornos psicológicos como la depresión y el estrés (v. Gorton 2007).
- Las consecuencias afectivas del capitalismo trasnacional en la formación de las identidades; en particular, en el vínculo entre consumo y expresión del yo que lleva aparejada la promesa de “felicidad” para quienes consumen (v. Muñoz 2014).
- Los procesos migratorios, que enfrentan a los migrantes con modos de existencia y sensibilidad distintos (v. Sabido 2012), así como el creciente carácter multicultural de las sociedades, el cual tendría efectos similares a los de la migración.
- Los legados coloniales y de esclavitud, y los subsecuentes procesos de reconciliación nacional, así como los procesos de (re)construcción de la nación (v. Pedwell y Whitehead 2012) luego de las luchas por la liberación colonial o en el marco de las guerras civiles (v. Gorton 2007). En América Latina —pensamos en Colombia en particular— esto se constata en los problemas asociados con la guerrilla y el narcotráfico (v. Blanco 2014).

Sin ser un correlato de lo que ocurre en ciencias sociales —las cuales operan con autonomía relativa—, estos problemas sociales han sensibilizado

a los investigadores para que presten atención a la dimensión afectiva y emocional de las sociedades, e incluso para que los consideren como aspectos constitutivos de la vida social (cf. Bericat 2000). Con ello en mente, pasemos ahora a las condiciones analíticas que marcaron este viraje.

Para empezar, es preciso señalar que el estudio de las emociones, los sentimientos y el *affect* en las ciencias sociales está relacionado con el denominado desdibujamiento de las duplas del pensamiento, cuyo referente central ha sido el cuestionamiento al binomio cartesiano cuerpo-mente. Pero en el terreno de las emociones y los afectos, otra de las duplas cuestionadas es la que opone la razón a la pasión, identificada por Susan Bordo como “la masculinización cartesiana del pensamiento”, ya que circunscribe el ámbito de las emociones y las pasiones a lo propio de “cuerpos históricos” femeninos (Williams y Bendelow 1996: 125). Al respecto, tanto las ciencias sociales como algunas corrientes de las neurociencias convergen en problematizar tales oposiciones para arribar a un mejor entendimiento de lo que sentimos.

Por una parte, en las ciencias sociales se ha señalado que la emoción está relacionada con procesos cognitivos, ya que representa “una forma de tratamiento de la información, a veces más veloz que nuestra mente consciente” (Jasper 2013: 52). Incluso algunos autores señalan que referentes aparentemente ideacionales y carentes de materialidad, como los “valores”, no pueden entenderse si no es en relación con las emociones. Por ejemplo, en sociología se señala que la legitimidad, la indignación moral, el ansia de justicia y la solidaridad implican “valores embebidos de emoción” (Collins 2009: 28).

Por otro lado, en el amplio espectro de las neurociencias llama nuestra atención el caso de Antonio Damasio, referente central de este viraje. En *El error de Descartes: emoción, razón y el cerebro humano* (2005), Damasio establece que la emoción “asiste al proceso de razonamiento” (Damasio 2005: 2). Para este autor, “cuando se eliminan por completo las emociones del plano del razonamiento, como ocurre en determinados estados neurológicos, la razón resulta ser todavía más imperfecta que cuando las emociones nos juegan malas pasadas en nuestras decisiones” (Damasio 2005: 4).

Así pues, una de las premisas en la que convergen estas orientaciones (sociales y naturales) del conocimiento, así como sus intentos de intersección, se refiere a que asumen que las emociones se experimentan en el

cuerpo y son resultado de una compleja interacción entre el organismo, el cerebro y la sociedad.

En el denominado *turn to affect* (giro hacia el afecto), si bien existen cruces con el estudio de las emociones, es posible agregar otros referentes. Esta postura no solo toma como premisa el desdibujamiento de las duplas cuerpo-mente y/o razón-pasión, sino que se beneficia de la “sociología del cuerpo” de la década de 1980 (Blackman 2012: 2). Siguiendo los pasos de la fenomenología merleau-pontiana, así como de sus relecturas, los autores de los estudios sobre *affect* parten del hecho de que los cuerpos no son entidades estables y fijas, sino que suponen procesos y relaciones con otros cuerpos. Por lo mismo, tener un cuerpo y actuar con el cuerpo supone que este afecta a otros y se ve afectado por estos (Blackman y Venn 2010: 9; Blackman 2012: 2). En esta tradición, *affect* se refiere a “aquellos registros de la experiencia” que afectan al cuerpo (Blackman 2012: 17), cuya intensidad los localiza fuera del “discurso de las emociones” o de la “representación de los sentimientos” (Blackman y Venn 2010: 15).

Por último, una cuestión interesante es que tanto la contemporánea sociología de las emociones como el giro afectivo coinciden en la necesidad de establecer cruces transdisciplinarios con las neurociencias. En el mismo sentido, insisten en generar lo que desde Dogan y Pahre podemos denominar “conceptos híbridos” (Dogan y Pahre 1993) que den cuenta de la co-determinación y co-emergencia de las otrora duplas del pensamiento (*e.g.*, Donna Haraway y el concepto de naturaleza-cultura) (Blackman y Venn 2010: 10).

Emoción y *affect*: diferencias conceptuales

Las discusiones teóricas a propósito de las emociones y el *affect* parten de una primera consideración: no existe una definición clara de los contenidos de estas palabras; incluso pueden encontrarse entremezclados el término “emoción” con las palabras “sentimiento”, *affect* y “afectividad”. Por ejemplo, Jonathan Turner y Jan Stets, en su libro *La sociología de las emociones*, definen emoción como el concepto que “subsume los fenómenos denotados por otras palabras como sentimientos [*sentiments*], *affect*, *feelings*, y otras similares empleadas por teóricos e investigadores” (Turner y Stets 2005: 2).

Sin embargo, a pesar de la plasticidad de los conceptos es posible hacer un mapeo de las dos grandes vertientes que en la actualidad estudian este campo —y que hasta aquí hemos considerado—: la tradición de la sociología de las emociones y la tradición del *affect*.

Aunque diversas categorías sociológicas clásicas tienen una carga emocional, el desarrollo propiamente de una “sociología de las emociones” surge a partir de la década de 1970 en el marco de la sociología estadounidense con algunos autores y autoras significativos como Theodor Kemper, David R. Heise, Robert Plutchik, Arlie Hochschild y Thomas Scheff (Turner y Stets 2005: 1; Bericat 2000).

En los desarrollos más recientes se pueden observar subramas de esta disciplina, acordes con el grado en que se suponga que la emoción está determinada biológica o culturalmente. Por un lado está la visión de las “emociones básicas”, que supone emociones transculturales inscritas en nuestro cuerpo y cerebro como producto de una necesidad de supervivencia. En ese sentido, en las emociones básicas no solo se activan las mismas regiones cerebrales, sino que hay correlatos faciales y sensoriales específicos para cada emoción. Al decir de Ruth Leys (2014), la clasificación de Paul Ekman ha sido la más influyente, e incluye felicidad, tristeza, enojo, miedo, asco y sorpresa. Hablar de emociones básicas supone afirmar que hay otras que no lo son y tienen un componente cultural o están socialmente construidas. A menudo las emociones básicas se asocian con la parte más primitiva del cerebro (la amígdala) y las secundarias con la parte “más reciente” (el neocórtex) e implican un proceso cognitivo.

Otra subrama dentro del estudio de las emociones cuestiona la división naturaleza-cultura y asume que todas están construidas socialmente. Por ejemplo, Steven Gordon afirma que “a través del proceso de socialización los individuos aprenden un vocabulario emocional que les permite nombrar sensaciones internas asociadas con objetos, eventos y relaciones” (citado en Turner y Stets 2005: 3). De esta suerte, no existirían emociones totalmente biológicas.

Además de estos estudios, podemos hablar de una tercera rama que no pone el acento en descifrar la emoción, sino en que se trata de un producto relacional que aparece en situaciones específicas. Aquí podemos citar a Randall Collins (2009), Margaret Wetherell (2012, 2014) y Norbert Elias (1998, 1999). El primero destaca la energía emocional que aparece en los

encuentros situacionales entre seres humanos, pero que puede propagarse más allá del momento. Wetherell enfatiza que el *affect* es contextual, lo cual supone no solo una cultura o momento histórico, sino a quiénes se encuentran, con qué *habitus* (o maneras afectivas ritualizadas) lo hacen y qué se produce en el momento en esa relación efectiva (y afectiva) entre dichos participantes. Por su parte, Norbert Elias profundiza en la forma en que las personas se enlazan formando redes cargadas de emociones y afectos.

Respecto de los estudios del *affect*, puede afirmarse que son mucho más recientes que la investigación enmarcada en las emociones. El "giro afectivo" que surge desde la década de 1990 se centra en la noción del *affect*, término que intenta designar una "disposición fisiológica general que antecede a la emoción", anterior a esta "teórica, temporal, filogenética y ontogenéticamente" (Biess y Gross 2014). Es decir, se asume que es un evento independiente y anterior a cualquier significado, creencia u operación de conciencia. Es decir, es algo que se percibe (*awareness*) y se siente corporalmente, pero que es previo a los significados sociales. Además, el concepto de *affect*, a diferencia del de emoción, incluye en sí mismo la relación con el entorno. Es decir, el *affect* es la posibilidad de afectar y sentirse afectado sensorialmente (a lo que posteriormente se le podrá atribuir un sentido, razón o interpretación) por y en relación con otros cuerpos.

Margaret Toye (2015) afirma que, dentro de la tradición del *affect*, es posible hacer una subdivisión a partir de la forma en que se define este concepto. Una vertiente, preconizada por el psicólogo Silvan Tomkins y continuada por Eve Kosofsky Sedgwick, habla del *affect* como algo que puede ser delimitado y nombrado, además de que se le pueden atribuir valencias positivas y negativas. La otra, de herencia deleuziana y en principio desarrollada por Brian Massumi, ve el *affect* como algo que escapa al lenguaje y que sin embargo tiene efectos en el propio cuerpo y en la relación con el otro (es algo que afecta). En contraste, para estos autores, las emociones serían aquello que se puede definir culturalmente. Otra característica de esta última vertiente es que recurre a una visión relacional del afecto y que, a decir de Toye, tiene reminiscencias de la *écriture féminine* de Kristeva que permite "una existencia que escapa al lenguaje falogocentrista" (Toye 2015).

Importancia de los estudios sobre la afectividad y las emociones para la teoría feminista

Después de este breve panorama respecto a las discusiones teóricas sobre emociones y *affect* habrá que señalar algunas de las referentes principales de estos campos de estudio. Nos detendremos en Arlie Hochschild (sociología de las emociones),³ Teresa Brennan y Sara Ahmed (*affect studies*), dada su clara orientación feminista. En seguida, nos centraremos en la importancia que revisten los estudios sobre emociones y afectividad para algunos problemas relevantes del feminismo.

Respecto a Arlie Hochschild podemos decir que existen dos categorías centrales en su propuesta: “reglas emocionales” (*feeling rules*) y “elaboración de las emociones” (*emotion management*). Acerca de las primeras señala que la sociedad dicta ciertas normas respecto a cómo, qué y cuándo sentir (Hochschild 2008: 145-147); la elaboración de las emociones se refiere a la capacidad de evocar o suprimir un sentimiento (Hochschild 2008: 141). El argumento central de esta autora es que en la sociedad tanto las “reglas emocionales” como la “elaboración de las emociones” están diferenciadas genéricamente y por ello hay una dimensión política en la configuración social de las emociones. Una de las insistencias de Hochschild es que existe una “explotación emocional” relacionada con ciertos trabajos en los que, por lo general, se suele demandar a las mujeres un excedente de trabajo emocional en comparación con los hombres (Hochschild 2008: 141).

Por su parte, Teresa Brennan y Sara Ahmed forman parte del grupo feminista interesado en los estudios sobre el *affect*.⁴ Si bien ambas usan de forma indistinta los términos *affect* y emoción, es notoria la cercanía con la

3 Otra socióloga que ha tratado el tema de las emociones recientemente, aunque desde otras coordenadas, es Eva Illouz. Su propuesta no busca definir qué son las emociones en general, sino qué papel desempeñan en la actualidad. Por ello, no la hemos incluido aquí. Sin embargo, en varios de sus libros ha desarrollado la idea de que la psicología y el psicoanálisis se han convertido en una parte estructural de las sociedades modernas, ya que al tematizar las emociones y los intercambios emocionales han contribuido a que estos desempeñen un papel crucial en lugares públicos como la empresa. Sin embargo, esto no ha significado una humanización del capitalismo, sino una utilización y manipulación emocional para los propios fines del capital (Illouz 2007).

4 Krystin Gorton (2007) también identifica como integrantes de este grupo a Lauren Berlant, Anne Cvetkovich, Sianne Ngai, Elspeth Probyn, Denise Riley y Eve Kosofsky Sedgwick.

primera tradición. En su revisión sobre el tema, Krystin Gorton considera que ambas permiten abordar modelos de contagio afectivo en los cuales se enfatiza qué hacen y cómo circulan los afectos, en particular cómo son vividos a través del cuerpo (Gorton 2007).

Así, para Brennan —proveniente del **psicoanálisis**— el *affect* está relacionado con los intercambios de energía (Toye 2015). En esa medida, se interesa por la transmisión de los afectos. Si bien señala que en Occidente se procura que el individuo esté a salvo de intrusiones emocionales (v. Gorton 2007), Brennan insiste en que es posible “sentir la atmósfera” y con ello captar los estados emocionales de los otros; por tanto, dejarnos influir por ellos. Esta autora recurre a una explicación que combina factores culturales, biológicos y neurológicos.

Por su parte, Sara Ahmed muestra cómo, al circular, las emociones coadyuvan a configurar los cuerpos; por ejemplo, racialmente, pero también genéricamente. Con ello Ahmed presta particular atención a subjetividades corporizadas que se forman a partir del contacto con los otros; es decir, parte de una perspectiva relacional en el abordaje de las **identidades**. Asimismo, esta feminista hace hincapié en la forma en que las relaciones espaciales (cercanía y distancia) afectan el modo en que sentimos (v. Gorton 2007).

Ahora bien, estas referencias forman parte de una recepción más amplia, en el movimiento feminista, de las preocupaciones que subyacen a los estudios sobre las emociones y el *affect*. Es importante señalar que la recepción de los estudios del *affect* en el **feminismo** ha sido más bien crítica. Autoras como Anne Cvetkovich y Ranjana Khanna se niegan a utilizar dicho término, pues consideran que hace invisible el legado de su propia tradición (v. Pedwell y Whitehead 2012). Sin embargo, nos parece que hay algunos temas que han sido compartidos, rescatados y/o discutidos por algunas feministas y que permiten observar la relevancia del campo de las emociones y el *affect* para el **feminismo**.

En primer lugar, estos estudios (especialmente los del *affect*) apuntan al desdibujamiento de duplas como cuerpo-mente y razón-emoción. Es decir, reconocen la corporalidad de los seres humanos y su carácter sintiente, por un lado, y las relaciones entre emociones, *affect*, conocimiento y **poder**. En esa medida avanzan hacia una definición de **cuerpo** que se intersecta con procesos cognitivos y emocionales y con la capacidad del primero

para afectar y ser afectado. Con esto, además, convocan a la colaboración transdisciplinaria.

Asimismo, los estudios sobre el *affect* y las emociones hacen visible una dimensión propia de la experiencia cotidiana, a saber, la afectiva, que contiene una gama de emociones, afectos y sentimientos que vinculan a unos seres humanos con otros y que excede su expresión discursiva y/o individual; con ello, ofrecen la posibilidad de repensar la forma en que el **poder** conlleva una carga emocional que le es constitutiva —en términos de **género**, raciales y de clase—, por una parte, y cómo se construyen las subjetividades a través de las relaciones afectivas, por la otra (v. Pedwell y Whitehead 2012). En este sentido, exploran el papel de la afectividad en la reproducción de jerarquías y exclusiones, pero también en sus posibilidades para iniciar y consolidar procesos de solidaridad y resistencia.

Además, la perspectiva relacional que aparece en algunas propuestas tanto de la sociología de las emociones (Collins, Wetherell y Elias) como de los *affect studies*, al hacer hincapié en las relaciones más que en los individuos, abre la posibilidad de pensar las repercusiones afectivas de las relaciones sobre las acciones individuales; es decir, en cómo las acciones están guiadas por la forma en que sentimos y el modo en que nuestros cuerpos responden (v. Gorton 2007).

Finalmente, algunas teóricas feministas que se han dedicado a los estudios del *affect* indagan sobre el papel que este desempeña en el lenguaje en la conformación de un “yo afectivo” (Denise Riley), o sobre la forma en que ciertas emociones —como la vergüenza o la ira— pueden tener una lectura positiva y productiva, toda vez que la emoción misma devela aspectos de las relaciones que mantenemos con los otros (Elspeth Probyn) (v. Gorton 2007 y Gould 2012).

Problemas conceptuales y metodológicos

En este apartado enumeraremos algunos problemas conceptuales, metodológicos e incluso políticos que identificamos en los estudios sobre las emociones y el *affect*.

El primer problema es de corte conceptual y tiene repercusiones metodológicas. Se refiere a que no hay una definición unívoca de emoción ni

de *affect*. Inclusive, parecería que estas dos ramas, que tienen intereses tan similares, carecen de interconexiones. Dentro del propio campo de las emociones esta dificultad parece tener raíces en la diferenciación entre emociones básicas y secundarias que sostienen una gran cantidad de estudiosos del tema. La diferenciación no es meramente conceptual, sino que supone una posición ontológica. Si asumimos que compartimos emociones como especie, más allá de las particularidades culturales, admitimos a un ser humano apegado a la necesidad de reproducción biológica. Desde esta perspectiva, el ser humano y sus acciones (emociones) existen y aparecen siempre como consecuencia de la necesidad de la especie. Si, por el contrario, asumimos que las emociones son significaciones culturales, entonces el ser humano es más que un ente biológico y sus acciones tienen un sentido que trasciende a la especie y a la mera reproducción. De este modo, si se está en uno de los extremos, no es necesario buscar explicaciones más allá de lo biológico; por el contrario, desde la perspectiva cultural, lo biológico es simplemente reduccionista y por ende poco útil para la explicación de la vida social.

En el caso del *affect*, algunos autores afirman que está en la raíz de la emoción (Tomkin); de ser así, la diferencia es conceptual: se trata de dos partes del mismo proceso. Quizá por eso entre los sociólogos de las emociones ha aparecido la teoría del *affect control* como parte de la tradición. Por el contrario, para Massumi y todos los que se refieren al *affect* como excedente de sentido (o fuera del sentido social), emociones y *affect* son distintos. El *affect* es algo que existe como totalidad, pero solo se delimita en sus efectos o en sus registros conscientes. El *affect* parece tener más relación con los actuales desarrollos de la neurociencia, que muestran cómo la capacidad de procesamiento consciente es infinitamente menor a la información recibida sensorialmente (Wetherell 2012: 63).

Así, las definiciones globales iniciales marcan la pauta para la generación de tradiciones de investigación que se comunican poco entre sí: otro problema es que hay una deriva disciplinar o de especialización que impide establecer puentes. Por ejemplo, la sociología de las emociones es un campo en sí mismo en el que encontramos tradiciones tan distintas como la mencionada *affect control theory*, que se aplica al estudio de los movimientos sociales y la manipulación política; la teoría del ritual, que se aplica al estudio de grupos y organizaciones, así como de las emociones ahí

generadas; la teoría de la identidad y las emociones; la teoría cultural y de las emociones, y la posición del interaccionismo simbólico y las emociones.

Ahora bien, la multiplicidad de definiciones conceptuales en estos estudios tiene implicaciones metodológicas (Jasper 2013: 49). Al respecto podemos detectar al menos tres dimensiones problemáticas: su temporalidad, su comunicabilidad y su medición u observación metodológicamente controlada. Para dirimir el problema de cómo identificamos un estado emocional o afectivo, se han presentado tipologías basadas en la duración de la experiencia emocional: de las más inmediatas a las más duraderas. Por ejemplo, Jasper distingue entre las reacciones inmediatas al entorno, como las pulsiones (*urges*) o emociones reflejas, y otros estados que se caracterizan como “estados de ánimo” que perduran en el tiempo, como amor, confianza, admiración, e inclusive “emociones morales” como la indignación y la compasión (Jasper 2013: 50). No obstante, este autor señala que las emociones “aparecen mezcladas” e igualmente se encuentran “secuenciadas” (de la decepción a la ira, por ejemplo), por lo que una salida a este problema es el estudio de las emociones y estados de ánimo en los grupos a largo plazo (Jasper 2013: 61). Es decir, el problema conceptual deviene empírico: ¿una emoción duradera deja de ser emoción para convertirse en estado de ánimo?; ¿es el *affect* un estado de ánimo que transita a distintas emociones? Estas preguntas quedan sin resolver por falta de precisión conceptual y por ende aparecen amplios márgenes para la interpretación en cada autor y propuesta.

Otra dimensión tiene que ver con la comunicabilidad de la emoción, esto es, con la manera en que se expresa una emoción o sentimiento y cómo esto puede tener un registro en la investigación empírica. Respecto de esta dimensión, Arlie Hochschild señala que existen reglas de expresión emocional (*expression rules*) codificadas socialmente (Hochschild 2008). Eduardo Bericat ha insistido en la relevancia de esta distinción, ya que para él “la distinción entre experiencia emocional y expresión emocional” tiene implicaciones en la investigación: “Metodológicamente implica que es preciso tener en cuenta las sutiles formas en que la emoción es comunicada. En culturas expresivas, la emoción es obvia, pero ello no significa que no esté presente en culturas menos expresivas” (Bericat 2000: 161). El problema metodológico es aquel al que se enfrenta cualquier estudio fenomenológico: capturar la experiencia en el lenguaje supone una mediación

que no alcanza a retratar lo sentido. Esto es mucho más relevante para el caso del *affect*, que supone una experiencia más allá del lenguaje.

Para paliar esto se han diseñado técnicas como “la medición de la energía emocional” (Collins 2009: 183) provocada en una interacción, que va de la introspección, la observación de posturas y movimientos corporales, y la captación en videos y grabadoras de movimiento de ojos, tonos de voz y expresión facial, hasta la prueba de “niveles hormonales” (Collins 2009: 189). Respecto a esto último —a saber, el registro directo del estado corporal—, se han planteado propuestas similares para el caso del *affect*; por ejemplo, Julián Henriques, que estudia las vibraciones producidas en el salón de baile, utiliza el espectrograma de frecuencia y aparatos para medir la sangre y el pulso cardíaco (Blackman y Venn 2010: 15) para dar cuenta de un sentido integral del movimiento corporal y cómo afecta y se ve afectado. Con todo, la medición de la intensidad emocional o flujo afectivo (como flujo de energía y/o como experiencia) sigue siendo un tema de discusión metodológica.

El segundo problema que identificamos tiene que ver con que algunas subramas de los estudios de emociones parten del individuo como el *locus* de la investigación, si bien hay algunas propuestas que parten de una perspectiva relacional (como en Collins, Wetherell y Elias). Por ejemplo, Turner y Stets afirman que la diferencia entre psicología y sociología es que los sociólogos “colocan a las personas en un contexto y examinan cómo las estructuras sociales y la cultura influyen en la aparición y flujo de las emociones en los individuos”. Pero esto también resulta problemático pues, como vemos, lo social está puesto en los contenidos culturales y los contextos sociales, pero no en la interacción.

Por su parte, los estudios sobre el *affect* carecen de una perspectiva histórica, aun cuando consideran las relaciones de los individuos entre sí, e inclusive con objetos o actores no humanos. De ahí la fuerte crítica de Margaret Wetherell a la propuesta sobre el *affect* de Sara Ahmed, porque este aparece descontextualizado. Si solo se entiende la emoción como “movimiento”, sin un actor con anclaje social, es poco probable comprender a cabalidad la dimensión afectiva en el contexto de la vida cotidiana. Por ejemplo, el estudio de las emociones convencionales, como el odio en textos racistas, no permite entender cómo es que dicha experiencia afectiva se presenta en las prácticas cotidianas (Wetherell 2014: 21) y situadas históricamente (agregaríamos nosotras).

Otro de los grandes problemas de los estudios del *affect* es su propuesta transdisciplinaria. Aun cuando estos estudios abarcan disciplinas que van de las neurociencias a las ciencias sociales y las humanidades, pasando por los “estudios culturales”, hay que advertir sobre los límites y riesgos de una colaboración transdisciplinaria (Blackman y Venn 2010), en particular, en términos de la importación de conceptos provenientes de las neurociencias. Papoulias y Callard señalan que pueden distinguirse dos usos de las neurociencias entre los teóricos del *affect* provenientes de disciplinas sociales o humanistas: uno, que utiliza los argumentos neurocientíficos para legitimar sus propias propuestas (según Papoulias y Callard, aquí estarían los trabajos de Brian Massumi, William Connolly, Elizabeth Grosz y Elsbeth Probyn). El segundo uso busca comprender las bases afectivas de las prácticas y la forma en que esto coadyuva a entender su carácter movilizador entre personas, lugares, entidades y objetos (aquí estarían los trabajos de Sara Ahmed, Lisa Blackman y Clare Hemmings). Si bien autores como Blackman y Venn apuestan por esto último, no dejan de advertir los riesgos metodológicos que conlleva, ya que el *affect* excede las metodologías representacionales basadas en el lenguaje y la vista al atender a una dimensión inconsciente.

Finalmente, identificamos dos problemas políticos en relación con el cruce entre estudios de emociones y *affect* con las discusiones feministas. Primero, la reticencia de algunas feministas para hablar de emociones debido a la asociación social y simbólica entre estas y lo “femenino”. Por otro lado, quienes sí han hablado al respecto —particularmente en estudios sobre duelo, trauma o depresión— ofrecen una salida voluntarista a una problemática estructural (como ha señalado Bourdieu [2005] respecto a los grupos de ayuda feministas), ya que convocan a la formación de redes de solidaridad y resistencia que no logran paliar ni explicar las condiciones estructurales del sufrimiento (en este caso, a propósito de la dominación masculina).

Reflexiones finales: emociones y afectividad en América Latina y México

Como en muchos otros temas, son más visibles los trabajos sobre emociones y *affect* europeos y anglosajones; sin embargo, esto no quiere decir que no existan trabajos al respecto en América Latina y México. De hecho,

podemos apreciar un incipiente proceso de institucionalización a través de asociaciones, revistas y redes. En 2007, se registró por primera vez la mesa “Sociología de las emociones y del cuerpo” en la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). En el siguiente congreso, realizado en Buenos Aires, Argentina (2009), no solo se dio continuidad a esa mesa, sino que también se anunció la edición de la primera revista electrónica especializada de la región, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* (Relaces), y la conformación de la Red Latinoamericana de Estudios Sociales sobre las Emociones y los Cuerpos (Sabido 2011). Destaca, además, la Red Nacional de Investigadores en los Estudios Socioculturales de las Emociones (Renisce), organizada por académicas y académicos de la FES-Iztacala de la UNAM y del ITESO-Guadalajara, que lleva ya cinco años de funcionamiento organizando coloquios cada año, además de diversas publicaciones especializadas.

Entre las publicaciones y líneas de análisis representativas destaca el trabajo de Alicia Lindón, quien ha señalado que el estudio de la ciudad en tanto experiencia afectiva supone la intersección de diversas disciplinas como la geografía humana, los estudios urbanos y las geografías de **género**, entre otras. La autora muestra que es necesario explicar desde las ciencias sociales la vivencia corporal del miedo en el **espacio público** diferenciado por **género** (Lindón 2009: 9). También está el trabajo de Paula Soto Villagrán (2013), que relaciona **género, espacio** y emoción; por ejemplo, la forma en que el miedo urbano también tiene **género**. Por otro lado destaca la investigación de Myriam Jimeno Santoyo, *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones* (2004), donde la autora da cuenta de la “ambigüedad de los principios culturales sobre el amor y las relaciones de pareja” (Jimeno 2004: 245). A partir del análisis de las representaciones del crimen pasional presentes en los códigos penales, así como del uso de expedientes y testimonios, Jimeno explica cómo el “crimen pasional” no es un “arrebato emocional instintivo”, sino que en su ejecución participan “modelos sociales aprendidos” (Jimeno 2004: 240). Por su parte, Helena López (2014) ha explicado el giro afectivo en ciencias sociales, donde el **feminismo** queer define la emoción y el afecto como un excedente de sentido que va más allá del discurso. La propuesta de López pretende utilizar estas herramientas para el análisis de los efectos del performance como espacio de protesta afectiva, por ejemplo. Se trata

aquí de reconocer el carácter corpóreo y sintiente de los seres humanos y el impacto que pueden recibir de otros seres humanos en **performatividad** (y viceversa). Y, aunque en una veta no necesariamente asociada con el **género**, es importante incluir el relevante trabajo de Rossana Reguillo acerca del miedo en la Ciudad de México, referente imprescindible en los estudios sobre violencia en nuestro país.

Como esfuerzos colectivos, es importante hacer referencia a la colección titulada Emociones e Interdisciplina de la Renisce, coordinada por Rocío Enríquez Rosas y Oliva López, cuyo primer volumen es el libro *Las emociones como dispositivos para la comprensión del mundo social* (2014). También el libro coordinado por Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto Villagrán, *Cuerpos, espacios y emociones* (2013), que busca vincular la discusión geográfica con la corporalidad y sus sentires. Finalmente está el volumen colectivo *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*, coordinado y editado por Adriana García Andrade y Olga Sabido Ramos (2014), donde se tratan líneas de investigación relacionadas con emociones, afectividad y cuerpo, así como sus entrecruces. Desde diferentes trabajos las autoras se orientan hacia un viraje de las emociones a los “vínculos afectivos” de Norbert Elias.

Ciertamente, estos son solo algunos ejemplos de lo que se produce en nuestras latitudes. Pero es muestra de cómo las emociones y el *affect* trascienden fronteras y resultan imprescindibles para cualquier investigación o aporte feminista en la actualidad.

Referencias

- Aguilar, Miguel Ángel y Paula Soto Villagrán (coords.). 2013. *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*, México, UAM-1/Miguel Ángel Porrúa.
- Bericat, Eduardo. 2000. “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”, en *Papers*, núm. 62, pp. 145-176.
- Biess, F. y D. M. Gross (eds.). 2014. *Science and Emotions after 1945. A Transatlantic Perspective*, Chicago, The University of Chicago Press.

- Blackman, Lisa y Couze Venn.** 2010. "Affect", en *Body & Society*, vol. 16, núm. 1, pp. 7-28.
- Blackman, Lisa.** 2012. "The Subject of Affect: Bodies, Process, Becoming", en *Immaterial Bodies. Affect, Embodiment, Mediation*, Londres, Sage, pp. 1-25.
- Blanco, Darío.** 2014. "El cuerpo y las afectividades en Colombia: entre el esteticismo y el miedo", en A. García Andrade y O. Sabido (coords.), *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*, México, UAM-A, pp. 393-434.
- Bourdieu, Pierre.** 2005. *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Butler, Judith.** 2015. "Performatividad de género, precariedad y ciudadanía sexual", conferencia presentada en Mesas de diálogo. Subjetivación Sur-Norte, Biblioteca Vasconcelos, Distrito Federal, 24 de marzo.
- Collins, Randall.** 2009. *Cadenas rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos/UAM-A.
- Damasio, Antonio.** 2005. *Descartes' Error*, Nueva York, Penguin Books.
- Dogan, Matei y Robert Pahre.** 1993. *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, México, Grijalbo.
- Elias, Norbert.** 1998. "Sobre los seres humanos y sus emociones: un ensayo sociológico procesual", en N. Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Norma, pp. 293-329
- _____. 1999. *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
- Enríquez Rosas, Rocío y Oliva López (coords.).** 2014. *Las emociones como dispositivos para la comprensión del mundo social*, Guadalajara, ITESO/FES Iztacala-UNAM.
- García Andrade, Adriana y Olga Sabido Ramos (coords.).** 2014. *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*, México, UAM-A.
- Gorton, Kristyn.** 2007. "Affecting Feminism: Questions of Feeling in Feminist Theory", en *Feminist Theory*, vol. 8, núm. 3, pp. 333-348.
- Gould, Deborah.** 2012. "When Your Data Make You Cry: Feelings in Research", ponencia presentada en la sesión Methods for the Sociological Analysis of Affect and Emotion del Segundo Forum ISA, Buenos Aires, 4 de agosto.
- Hochschild, Arlie.** 2008. *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Buenos Aires, Katz.
- Illouz, E.** 2007. *Cold Intimacies. The Making of Emotional Capitalism*, Cambridge, Polity Press.
- Jasper, James.** 2013. "Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación", en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 4, núm. 10, pp. 48-68.
- Jimeno, Miriam.** 2004. *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Lenoir, Rémi.** 1993. "Objeto sociológico y problema social", en P. Champagne *et al.*, *Iniciación a la práctica sociológica*, México, Siglo XXI Editores, pp. 57-102.

- Leys, Ruth.** 2014. "Both of Us Disgusted in My Insula: Mirror-Neuron Theory and Emotional Empathy", en F. Biess y D. M. Gross (eds.), *Science and Emotions after 1945. A Transatlantic Perspective*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Lindón, Alicia.** 2009. "La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento", en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 1, núm. 1, pp. 6-20.
- López, Helena.** 2014. "Emociones, afectividad, feminismo", en A. García Andrade y O. Sabido (coords.), *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*, México, UAM-A, pp. 257-275.
- Muñiz, Elsa.** 2014. "Descifrar el cuerpo. Una metáfora para disipar las ansiedades contemporáneas", en A. García Andrade y O. Sabido (coords.), *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*, México, UAM-A, pp. 279-315.
- Pedwell y Whitehead.** 2012. "Affecting Feminism: Questions of Feeling in Feminist Theory", en *Feminist Theory*, vol. 13, núm 2, pp. 115-129.
- Sabido, Olga.** 2011. "El cuerpo y la afectividad como objeto de estudio en América Latina: intereses temáticos y proceso de institucionalización reciente", en *Sociológica*, vol. 26, núm. 74, pp. 33-78.
- _____. 2012. *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño. Una perspectiva sociológica*, Madrid, Séquitur/UAM-A.
- Soto Villagrán, Paula.** 2013. "Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones", en M. Á. Aguilar y P. Soto (coords.), *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*, México, Porrúa/UAM-I, pp. 197-219.
- Toye, Margaret.** En prensa. "Love as Affective Energy: Where 'Feminist Love Studies' Meet 'Feminist Affect Theory'", en A. García Andrade, L. Gunnarsson y A. Jónasdóttir (eds.), *Love Power: Feminism, Embodiment and Experience*.
- Turner, Jonathan y Jan Stets.** 2005. *Handbook of the Sociology of Emotions*, Nueva York, Cambridge University.
- Wetherell, Margaret.** 2012. *Affect and Emotion. A New Social Science Understanding*, Londres, Sage.
- _____. 2014. "Trends in the Turn to Affect: A Social Psychological Critique", en *Body & Society*, vol. 21, núm. 2, pp. 1-28.
- Williams, Simon y Gillian Bendelow.** 1996. "The 'Emotional' Body", en *Body & Society*, vol. 2, núm. 3, pp. 125-139.

